

«El Pueblo Obrero»

A LOS SUSCRIPTORES MOROSOS

Teniendo numerosos suscriptores morosos en los pueblos del interior...

Su importe lo pueden remitir por medio de jiros o con los agentes viajeros.

En varias de las oficinas tambien están los suscriptores morosos, es menester que den cumplimiento al pago de sus suscripciones.

«El Pueblo Obrero» no es subvencionado por nadie, su sostenimiento es solo de las suscripciones que le dispensan los buenos y conscientes obreros de esta provincia.

El capital y el trabajo

Dedicaremos algunas palabras sobre la triste vida de los obreros de las ciudades...

Y decimos absurda premencia porque la que actualmente se da al capital es una verdadera monstruosidad...

Por esta razón la lucha entre el capital y trabajo ha cobrado los caracteres de ferocidad (permitásenos el vocablo) que hoy le conocemos...

Con qué ansias, con qué voracidad se procura acumular fortuna, capturar dinero reunir todas las riquezas imaginables!

Tambien el obrero agrícola es algo así como una máquina, que produce constantemente para el hacendado...

Solamente en los Almacenes

LOS VINOS

DE CONFIANZA

DEBE UD.

COMPRAR

COPREA ALBANO CARLOS DELANO, Ajente Jeneral, Valparaíso

Oñ. Hervastka

Esta oficina del cantón de Dolores, reanudará sus trabajos el 1.º del entrante mes. Se recibe jente de pampa. Se paga buenos jornales.

Oficina Hervastka, 26 de Abril de 1909.

EL ADMINISTRADOR.

OFICINA SAN PATRICIO

Se necesita un ramadero competente. Se paga buen sueldo. Para tratar verse con el corrector de la oficina, señor Cipriano Díaz.

OFICINA SANTA CATALINA

Se necesitan 50 particulares. Se elabora costra y caliche. Se pagan buenos sueldos.

EL ADMINISTRADOR

GRAN FABRICA

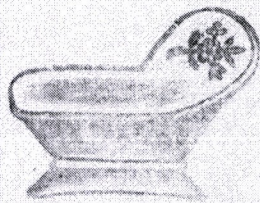
«La Tarapacá»

DE Antonio Garasino Z.

CALLE 407—TELEFONO 113

Entre Martínez Núm. 154

— IQUIQUE —



Gran sueldo de baños del mejor material, estilo Europeo, y al gusto y forma del más exigente. Se colocan cañerías de agua y desagüe, gas, etc. Se hacen toda clase de trabajo consiguiente al ramo.

PRECIOS MÓVILES

Veamos.

Tomemos un operario cualquiera, que gane dos o tres pesos diarios. Debe ser un hombre excepcional, admirablemente dotado en lo físico y en lo moral...

Pues bien: vive al día; no sufre enfermedad de ninguna clase y evita hasta el menor pesiz. Despues de diez o de veinte años de ruda y constante labor, desea retirarse de la fábrica o del taller...

Entre tanto, todos los empleados del Fisco tienen su pensión de retiro, bien o mal ganada, que los pone a cubierto de la miseria en los últimos años de la vida.

El pueblo. Pero hay más: el operario de nuestra referencia ha sido un obrero modelo que junto, con muchos otros, ha contribuido al enriquecimiento del patrón...

comodidades, mientras el infeliz operario tiene sed de todo. Nada decimos de los que se inutilizan en el trabajo, infelices condenados irremisiblemente al hambre.

¿No es ésta una monstruosidad que llama al jefe? ¿No es ésta una injusticia atroz?

«El capital y el trabajo han contribuido á acumular la fortuna, ¿por qué el primero llevase tras sí todas las utilidades, mientras el segundo solo vive para robustecer á aquél? En qué principio económico, en qué noción de derecho descansa tanta maña atrocidad? Y cómo el mundo ha soportado hasta ahora este engrosamiento inagotable de los torrentes de oro del capital, mientras el trabajo agota infructuosamente sus energías? ¿Es posible que subsista por más tiempo este desequilibrio económico y social que hace aumentar cada vez más el clamor de los que sufren? ¿Por qué el obrero del fundo y el del taller no han de tener, si son sobrios, si son honrados y virtuosos, la parte que le corresponde por sus esfuerzos en pro del progreso común? Nosotros quisiéramos que se nos dijera, qué atentado se comete haciendo partícipe al obrero de las utilidades de la fábrica ó del fundo en que...

trabajo. ¿Acaso como hombre no tiene derecho al descanso con mayor razón que los que pasan gran parte de su vida en la ociosidad y los placeres? ¿No se ve en esto un remedio opuesto al odio egoísta de estos tiempos? ¿No hay en esta medida un estímulo para el trabajador honrado? Dando al trabajo la participación que le corresponde en las utilidades comunes, cesarán inmediatamente muchos males para los cuales hoy se busca remedio inutilmente en otras partes...

El obrero sabrá que en su ancianidad no lo aguarda la miseria; tendrá la esperanza de poder ser más tarde un hombre independiente, codiciado placer que todo mortal desea; no le despedazará el cerebro la idea de que sus hijos padecerán hambre y sed despues de su muerte...

Por otra parte, el obrero que sabe que debe tener su parte en las utilidades de la fábrica ó taller ó fundo en que trabaja, se interesará mucho más en hacer productiva la obra, vigilará por sí mismo, con mayor atención, cuanto á él le concierna, cuidará con más solicitud y se empeñará en ser constante, á fin de que los intereses de la obra, que son los suyos propios, se acrecienten cada vez más.

Los marineros de la «Esmeralda» tuvieron esa noche, a pesar de la exaltación de los ánimos y del fracaso que habian sufrido los peruanos, la primera muestra de lo que debían esperar por su heroísmo. El jeneral Buendia y todos los principales jefes del ejército, así como varios cabaleros de los mas prestigiosos del pueblo, pasaron a visitarlos. — ¡Ustedes no son prisioneros, son naufragos! le dijo uno de los jenerales. ¿Ustedes se han batido con un enemigo espartano, le dijo otro. Y así, cada cual los colmó de elogios y felicitaciones, que sirvieron de mucho para endulzar algo la triste situación de los marinos. No nos detendremos a contar día por día lo que le pasó.

El jeneral Buendia, por lo regular, se condujo bondadoso con ellos, haciéndoles dar la comida de un hotel y proporcionándoles un traje decente. Sin embargo, no por esto dejaban de sufrir alguno insultos y vejaciones de jente ignorante, sobre todo, cada vez que las armas peruanas sufrían algun revés. Al cuarto día de prision, los jóvenes fué roncamente sorprendidos a la hora de comida. Un soldado que les servía llegó a la puerta de la calle trayendo un cesto que colocó sobre la mesa diciendo: — Esto me acaba de entregar una criada para los señores prisioneros. El que estaba mas cerca echó mano al cesto y levantó el paño que lo cubría. — ¡Cuidad del... le dijo uno en tono de burla, no vaya a ser dinanita. — ¡Oh... oh!... exclamo el interpelado, venga así toda la dinanita que quiera. Y al decir esto empujaba por el gallette dos forradas botellas. Todos a una rodearon el cesto y perdieron sus manos en él, como niños regañados. — ¡Cuidad!... dijo uno contemplando una botella. — ¡Bueno!... dijo otro; seis botellas, por lo ménos! — ¡Oporto blanco, amarillo como un rubí! exclamo un tercero. — ¡Pásteles! gritó otro apoderándose de un saco de papel. Y como para no dejar duda de la efectividad de su anuncio, se engulló uno. — ¡Cigarros puros!... ¡oh!... esto es excelso!... exclamó aquél. — ¡Y para colmo, dijo con la faz ardiente el que habia sacado primero la botella de ocaña; para colmo, diversos tarros de conservas!... ¡Oh! esto es espléndido! — ¡Es rejío como las bodas de un rey... — Pero hablemos ménos y bebamos mas! interrumpió el que se habia engullido un pastel. Yo hago indicación para que sedestape una botella! — ¡Y yo dos!... — ¡Y yo todas! — ¡Todas no; eso sería golosinal! — ¡Y no nos quedaria para remojas las conservas! — Examinemos nuestros pertrechos, insinuó uno, y hecho el balance acordaremos su consumo.

Un soldado que les servía llegó a la puerta de la calle trayendo un cesto que colocó sobre la mesa diciendo: — Esto me acaba de entregar una criada para los señores prisioneros. El que estaba mas cerca echó mano al cesto y levantó el paño que lo cubría. — ¡Cuidad del... le dijo uno en tono de burla, no vaya a ser dinanita. — ¡Oh... oh!... exclamo el interpelado, venga así toda la dinanita que quiera. Y al decir esto empujaba por el gallette dos forradas botellas. Todos a una rodearon el cesto y perdieron sus manos en él, como niños regañados. — ¡Cuidad!... dijo uno contemplando una botella. — ¡Bueno!... dijo otro; seis botellas, por lo ménos! — ¡Oporto blanco, amarillo como un rubí! exclamo un tercero. — ¡Pásteles! gritó otro apoderándose de un saco de papel. Y como para no dejar duda de la efectividad de su anuncio, se engulló uno. — ¡Cigarros puros!... ¡oh!... esto es excelso!... exclamó aquél. — ¡Y para colmo, dijo con la faz ardiente el que habia sacado primero la botella de ocaña; para colmo, diversos tarros de conservas!... ¡Oh! esto es espléndido! — ¡Es rejío como las bodas de un rey... — Pero hablemos ménos y bebamos mas! interrumpió el que se habia engullido un pastel. Yo hago indicación para que sedestape una botella! — ¡Y yo dos!... — ¡Y yo todas! — ¡Todas no; eso sería golosinal! — ¡Y no nos quedaria para remojas las conservas! — Examinemos nuestros pertrechos, insinuó uno, y hecho el balance acordaremos su consumo.

Al cuarto día de prision, los jóvenes fué roncamente sorprendidos a la hora de comida. Un soldado que les servía llegó a la puerta de la calle trayendo un cesto que colocó sobre la mesa diciendo: — Esto me acaba de entregar una criada para los señores prisioneros. El que estaba mas cerca echó mano al cesto y levantó el paño que lo cubría. — ¡Cuidad del... le dijo uno en tono de burla, no vaya a ser dinanita. — ¡Oh... oh!... exclamo el interpelado, venga así toda la dinanita que quiera. Y al decir esto empujaba por el gallette dos forradas botellas. Todos a una rodearon el cesto y perdieron sus manos en él, como niños regañados. — ¡Cuidad!... dijo uno contemplando una botella. — ¡Bueno!... dijo otro; seis botellas, por lo ménos! — ¡Oporto blanco, amarillo como un rubí! exclamo un tercero. — ¡Pásteles! gritó otro apoderándose de un saco de papel. Y como para no dejar duda de la efectividad de su anuncio, se engulló uno. — ¡Cigarros puros!... ¡oh!... esto es excelso!... exclamó aquél. — ¡Y para colmo, dijo con la faz ardiente el que habia sacado primero la botella de ocaña; para colmo, diversos tarros de conservas!... ¡Oh! esto es espléndido! — ¡Es rejío como las bodas de un rey... — Pero hablemos ménos y bebamos mas! interrumpió el que se habia engullido un pastel. Yo hago indicación para que sedestape una botella! — ¡Y yo dos!... — ¡Y yo todas! — ¡Todas no; eso sería golosinal! — ¡Y no nos quedaria para remojas las conservas! — Examinemos nuestros pertrechos, insinuó uno, y hecho el balance acordaremos su consumo.

Un soldado que les servía llegó a la puerta de la calle trayendo un cesto que colocó sobre la mesa diciendo: — Esto me acaba de entregar una criada para los señores prisioneros. El que estaba mas cerca echó mano al cesto y levantó el paño que lo cubría. — ¡Cuidad del... le dijo uno en tono de burla, no vaya a ser dinanita. — ¡Oh... oh!... exclamo el interpelado, venga así toda la dinanita que quiera. Y al decir esto empujaba por el gallette dos forradas botellas. Todos a una rodearon el cesto y perdieron sus manos en él, como niños regañados. — ¡Cuidad!... dijo uno contemplando una botella. — ¡Bueno!... dijo otro; seis botellas, por lo ménos! — ¡Oporto blanco, amarillo como un rubí! exclamo un tercero. — ¡Pásteles! gritó otro apoderándose de un saco de papel. Y como para no dejar duda de la efectividad de su anuncio, se engulló uno. — ¡Cigarros puros!... ¡oh!... esto es excelso!... exclamó aquél. — ¡Y para colmo, dijo con la faz ardiente el que habia sacado primero la botella de ocaña; para colmo, diversos tarros de conservas!... ¡Oh! esto es espléndido! — ¡Es rejío como las bodas de un rey... — Pero hablemos ménos y bebamos mas! interrumpió el que se habia engullido un pastel. Yo hago indicación para que sedestape una botella! — ¡Y yo dos!... — ¡Y yo todas! — ¡Todas no; eso sería golosinal! — ¡Y no nos quedaria para remojas las conservas! — Examinemos nuestros pertrechos, insinuó uno, y hecho el balance acordaremos su consumo.

Un soldado que les servía llegó a la puerta de la calle trayendo un cesto que colocó sobre la mesa diciendo: — Esto me acaba de entregar una criada para los señores prisioneros. El que estaba mas cerca echó mano al cesto y levantó el paño que lo cubría. — ¡Cuidad del... le dijo uno en tono de burla, no vaya a ser dinanita. — ¡Oh... oh!... exclamo el interpelado, venga así toda la dinanita que quiera. Y al decir esto empujaba por el gallette dos forradas botellas. Todos a una rodearon el cesto y perdieron sus manos en él, como niños regañados. — ¡Cuidad!... dijo uno contemplando una botella. — ¡Bueno!... dijo otro; seis botellas, por lo ménos! — ¡Oporto blanco, amarillo como un rubí! exclamo un tercero. — ¡Pásteles! gritó otro apoderándose de un saco de papel. Y como para no dejar duda de la efectividad de su anuncio, se engulló uno. — ¡Cigarros puros!... ¡oh!... esto es excelso!... exclamó aquél. — ¡Y para colmo, dijo con la faz ardiente el que habia sacado primero la botella de ocaña; para colmo, diversos tarros de conservas!... ¡Oh! esto es espléndido! — ¡Es rejío como las bodas de un rey... — Pero hablemos ménos y bebamos mas! interrumpió el que se habia engullido un pastel. Yo hago indicación para que sedestape una botella! — ¡Y yo dos!... — ¡Y yo todas! — ¡Todas no; eso sería golosinal! — ¡Y no nos quedaria para remojas las conservas! — Examinemos nuestros pertrechos, insinuó uno, y hecho el balance acordaremos su consumo.

Un soldado que les servía llegó a la puerta de la calle trayendo un cesto que colocó sobre la mesa diciendo: — Esto me acaba de entregar una criada para los señores prisioneros. El que estaba mas cerca echó mano al cesto y levantó el paño que lo cubría. — ¡Cuidad del... le dijo uno en tono de burla, no vaya a ser dinanita. — ¡Oh... oh!... exclamo el interpelado, venga así toda la dinanita que quiera. Y al decir esto empujaba por el gallette dos forradas botellas. Todos a una rodearon el cesto y perdieron sus manos en él, como niños regañados. — ¡Cuidad!... dijo uno contemplando una botella. — ¡Bueno!... dijo otro; seis botellas, por lo ménos! — ¡Oporto blanco, amarillo como un rubí! exclamo un tercero. — ¡Pásteles! gritó otro apoderándose de un saco de papel. Y como para no dejar duda de la efectividad de su anuncio, se engulló uno. — ¡Cigarros puros!... ¡oh!... esto es excelso!... exclamó aquél. — ¡Y para colmo, dijo con la faz ardiente el que habia sacado primero la botella de ocaña; para colmo, diversos tarros de conservas!... ¡Oh! esto es espléndido! — ¡Es rejío como las bodas de un rey... — Pero hablemos ménos y bebamos mas! interrumpió el que se habia engullido un pastel. Yo hago indicación para que sedestape una botella! — ¡Y yo dos!... — ¡Y yo todas! — ¡Todas no; eso sería golosinal! — ¡Y no nos quedaria para remojas las conservas! — Examinemos nuestros pertrechos, insinuó uno, y hecho el balance acordaremos su consumo.

Un soldado que les servía llegó a la puerta de la calle trayendo un cesto que colocó sobre la mesa diciendo: — Esto me acaba de entregar una criada para los señores prisioneros. El que estaba mas cerca echó mano al cesto y levantó el paño que lo cubría. — ¡Cuidad del... le dijo uno en tono de burla, no vaya a ser dinanita. — ¡Oh... oh!... exclamo el interpelado, venga así toda la dinanita que quiera. Y al decir esto empujaba por el gallette dos forradas botellas. Todos a una rodearon el cesto y perdieron sus manos en él, como niños regañados. — ¡Cuidad!... dijo uno contemplando una botella. — ¡Bueno!... dijo otro; seis botellas, por lo ménos! — ¡Oporto blanco, amarillo como un rubí! exclamo un tercero. — ¡Pásteles! gritó otro apoderándose de un saco de papel. Y como para no dejar duda de la efectividad de su anuncio, se engulló uno. — ¡Cigarros puros!... ¡oh!... esto es excelso!... exclamó aquél. — ¡Y para colmo, dijo con la faz ardiente el que habia sacado primero la botella de ocaña; para colmo, diversos tarros de conservas!... ¡Oh! esto es espléndido! — ¡Es rejío como las bodas de un rey... — Pero hablemos ménos y bebamos mas! interrumpió el que se habia engullido un pastel. Yo hago indicación para que sedestape una botella! — ¡Y yo dos!... — ¡Y yo todas! — ¡Todas no; eso sería golosinal! — ¡Y no nos quedaria para remojas las conservas! — Examinemos nuestros pertrechos, insinuó uno, y hecho el balance acordaremos su consumo.

Un soldado que les servía llegó a la puerta de la calle trayendo un cesto que colocó sobre la mesa diciendo: — Esto me acaba de entregar una criada para los señores prisioneros. El que estaba mas cerca echó mano al cesto y levantó el paño que lo cubría. — ¡Cuidad del... le dijo uno en tono de burla, no vaya a ser dinanita. — ¡Oh... oh!... exclamo el interpelado, venga así toda la dinanita que quiera. Y al decir esto empujaba por el gallette dos forradas botellas. Todos a una rodearon el cesto y perdieron sus manos en él, como niños regañados. — ¡Cuidad!... dijo uno contemplando una botella. — ¡Bueno!... dijo otro; seis botellas, por lo ménos! — ¡Oporto blanco, amarillo como un rubí! exclamo un tercero. — ¡Pásteles! gritó otro apoderándose de un saco de papel. Y como para no dejar duda de la efectividad de su anuncio, se engulló uno. — ¡Cigarros puros!... ¡oh!... esto es excelso!... exclamó aquél. — ¡Y para colmo, dijo con la faz ardiente el que habia sacado primero la botella de ocaña; para colmo, diversos tarros de conservas!... ¡Oh! esto es espléndido! — ¡Es rejío como las bodas de un rey... — Pero hablemos ménos y bebamos mas! interrumpió el que se habia engullido un pastel. Yo hago indicación para que sedestape una botella! — ¡Y yo dos!... — ¡Y yo todas! — ¡Todas no; eso sería golosinal! — ¡Y no nos quedaria para remojas las conservas! — Examinemos nuestros pertrechos, insinuó uno, y hecho el balance acordaremos su consumo.

Un soldado que les servía llegó a la puerta de la calle trayendo un cesto que colocó sobre la mesa diciendo: — Esto me acaba de entregar una criada para los señores prisioneros. El que estaba mas cerca echó mano al cesto y levantó el paño que lo cubría. — ¡Cuidad del... le dijo uno en tono de burla, no vaya a ser dinanita. — ¡Oh... oh!... exclamo el interpelado, venga así toda la dinanita que quiera. Y al decir esto empujaba por el gallette dos forradas botellas. Todos a una rodearon el cesto y perdieron sus manos en él, como niños regañados. — ¡Cuidad!... dijo uno contemplando una botella. — ¡Bueno!... dijo otro; seis botellas, por lo ménos! — ¡Oporto blanco, amarillo como un rubí! exclamo un tercero. — ¡Pásteles! gritó otro apoderándose de un saco de papel. Y como para no dejar duda de la efectividad de su anuncio, se engulló uno. — ¡Cigarros puros!... ¡oh!... esto es excelso!... exclamó aquél. — ¡Y para colmo, dijo con la faz ardiente el que habia sacado primero la botella de ocaña; para colmo, diversos tarros de conservas!... ¡Oh! esto es espléndido! — ¡Es rejío como las bodas de un rey... — Pero hablemos ménos y bebamos mas! interrumpió el que se habia engullido un pastel. Yo hago indicación para que sedestape una botella! — ¡Y yo dos!... — ¡Y yo todas! — ¡Todas no; eso sería golosinal! — ¡Y no nos quedaria para remojas las conservas! — Examinemos nuestros pertrechos, insinuó uno, y hecho el balance acordaremos su consumo.

Un soldado que les servía llegó a la puerta de la calle trayendo un cesto que colocó sobre la mesa diciendo: — Esto me acaba de entregar una criada para los señores prisioneros. El que estaba mas cerca echó mano al cesto y levantó el paño que lo cubría. — ¡Cuidad del... le dijo uno en tono de burla, no vaya a ser dinanita. — ¡Oh... oh!... exclamo el interpelado, venga así toda la dinanita que quiera. Y al decir esto empujaba por el gallette dos forradas botellas. Todos a una rodearon el cesto y perdieron sus manos en él, como niños regañados. — ¡Cuidad!... dijo uno contemplando una botella. — ¡Bueno!... dijo otro; seis botellas, por lo ménos! — ¡Oporto blanco, amarillo como un rubí! exclamo un tercero. — ¡Pásteles! gritó otro apoderándose de un saco de papel. Y como para no dejar duda de la efectividad de su anuncio, se engulló uno. — ¡Cigarros puros!... ¡oh!... esto es excelso!... exclamó aquél. — ¡Y para colmo, dijo con la faz ardiente el que habia sacado primero la botella de ocaña; para colmo, diversos tarros de conservas!... ¡Oh! esto es espléndido! — ¡Es rejío como las bodas de un rey... — Pero hablemos ménos y bebamos mas! interrumpió el que se habia engullido un pastel. Yo hago indicación para que sedestape una botella! — ¡Y yo dos!... — ¡Y yo todas! — ¡Todas no; eso sería golosinal! — ¡Y no nos quedaria para remojas las conservas! — Examinemos nuestros pertrechos, insinuó uno, y hecho el balance acordaremos su consumo.

Un soldado que les servía llegó a la puerta de la calle trayendo un cesto que colocó sobre la mesa diciendo: — Esto me acaba de entregar una criada para los señores prisioneros. El que estaba mas cerca echó mano al cesto y levantó el paño que lo cubría. — ¡Cuidad del... le dijo uno en tono de burla, no vaya a ser dinanita. — ¡Oh... oh!... exclamo el interpelado, venga así toda la dinanita que quiera. Y al decir esto empujaba por el gallette dos forradas botellas. Todos a una rodearon el cesto y perdieron sus manos en él, como niños regañados. — ¡Cuidad!... dijo uno contemplando una botella. — ¡Bueno!... dijo otro; seis botellas, por lo ménos! — ¡Oporto blanco, amarillo como un rubí! exclamo un tercero. — ¡Pásteles! gritó otro apoderándose de un saco de papel. Y como para no dejar duda de la efectividad de su anuncio, se engulló uno. — ¡Cigarros puros!... ¡oh!... esto es excelso!... exclamó aquél. — ¡Y para colmo, dijo con la faz ardiente el que habia sacado primero la botella de ocaña; para colmo, diversos tarros de conservas!... ¡Oh! esto es espléndido! — ¡Es rejío como las bodas de un rey... — Pero hablemos ménos y bebamos mas! interrumpió el que se habia engullido un pastel. Yo hago indicación para que sedestape una botella! — ¡Y yo dos!... — ¡Y yo todas! — ¡Todas no; eso sería golosinal! — ¡Y no nos quedaria para remojas las conservas! — Examinemos nuestros pertrechos, insinuó uno, y hecho el balance acordaremos su consumo.

Un soldado que les servía llegó a la puerta de la calle trayendo un cesto que colocó sobre la mesa diciendo: — Esto me acaba de entregar una criada para los señores prisioneros. El que estaba mas cerca echó mano al cesto y levantó el paño que lo cubría. — ¡Cuidad del... le dijo uno en tono de burla, no vaya a ser dinanita. — ¡Oh... oh!... exclamo el interpelado, venga así toda la dinanita que quiera. Y al decir esto empujaba por el gallette dos forradas botellas. Todos a una rodearon el cesto y perdieron sus manos en él, como niños regañados. — ¡Cuidad!... dijo uno contemplando una botella. — ¡Bueno!... dijo otro; seis botellas, por lo ménos! — ¡Oporto blanco, amarillo como un rubí! exclamo un tercero. — ¡Pásteles! gritó otro apoderándose de un saco de papel. Y como para no dejar duda de la efectividad de su anuncio, se engulló uno. — ¡Cigarros puros!... ¡oh!... esto es excelso!... exclamó aquél. — ¡Y para colmo, dijo con la faz ardiente el que habia sacado primero la botella de ocaña; para colmo, diversos tarros de conservas!... ¡Oh! esto es espléndido! — ¡Es rejío como las bodas de un rey... — Pero hablemos ménos y bebamos mas! interrumpió el que se habia engullido un pastel. Yo hago indicación para que sedestape una botella! — ¡Y yo dos!... — ¡Y yo todas! — ¡Todas no; eso sería golosinal! — ¡Y no nos quedaria para remojas las conservas! — Examinemos nuestros pertrechos, insinuó uno, y hecho el balance acordaremos su consumo.

Un soldado que les servía llegó a la puerta de la calle trayendo un cesto que colocó sobre la mesa diciendo: — Esto me acaba de entregar una criada para los señores prisioneros. El que estaba mas cerca echó mano al cesto y levantó el paño que lo cubría. — ¡Cuidad del... le dijo uno en tono de burla, no vaya a ser dinanita. — ¡Oh... oh!... exclamo el interpelado, venga así toda la dinanita que quiera. Y al decir esto empujaba por el gallette dos forradas botellas. Todos a una rodearon el cesto y perdieron sus manos en él, como niños regañados. — ¡Cuidad!... dijo uno contemplando una botella. — ¡Bueno!... dijo otro; seis botellas, por lo ménos! — ¡Oporto blanco, amarillo como un rubí! exclamo un tercero. — ¡Pásteles! gritó otro apoderándose de un saco de papel. Y como para no dejar duda de la efectividad de su anuncio, se engulló uno. — ¡Cigarros puros!... ¡oh!... esto es excelso!... exclamó aquél. — ¡Y para colmo, dijo con la faz ardiente el que habia sacado primero la botella de ocaña; para colmo, diversos tarros de conservas!... ¡Oh! esto es espléndido! — ¡Es rejío como las bodas de un rey... — Pero hablemos ménos y bebamos mas! interrumpió el que se habia engullido un pastel. Yo hago indicación para que sedestape una botella! — ¡Y yo dos!... — ¡Y yo todas! — ¡Todas no; eso sería golosinal! — ¡Y no nos quedaria para remojas las conservas! — Examinemos nuestros pertrechos, insinuó uno, y hecho el balance acordaremos su consumo.

Un soldado que les servía llegó a la puerta de la calle trayendo un cesto que colocó sobre la mesa diciendo: — Esto me acaba de entregar una criada para los señores prisioneros. El que estaba mas cerca echó mano al cesto y levantó el paño que lo cubría. — ¡Cuidad del... le dijo uno en tono de burla, no vaya a ser dinanita. — ¡Oh... oh!... exclamo el interpelado, venga así toda la dinanita que quiera. Y al decir esto empujaba por el gallette dos forradas botellas. Todos a una rodearon el cesto y perdieron sus manos en él, como niños regañados. — ¡Cuidad!... dijo uno contemplando una botella. — ¡Bueno!... dijo otro; seis botellas, por lo ménos! — ¡Oporto blanco, amarillo como un rubí! exclamo un tercero. — ¡Pásteles! gritó otro apoderándose de un saco de papel. Y como para no dejar duda de la efectividad de su anuncio, se engulló uno. — ¡Cigarros puros!... ¡oh!... esto es excelso!... exclamó aquél. — ¡Y para colmo, dijo con la faz ardiente el que habia sacado primero la botella de ocaña; para colmo, diversos tarros de conservas!... ¡Oh! esto es espléndido! — ¡Es rejío como las bodas de un rey... — Pero hablemos ménos y bebamos mas! interrumpió el que se habia engullido un pastel. Yo hago indicación para que sedestape una botella! — ¡Y yo dos!... — ¡Y yo todas! — ¡Todas no; eso sería golosinal! — ¡Y no nos quedaria para remojas las conservas! — Examinemos nuestros pertrechos, insinuó uno, y hecho el balance acordaremos su consumo.

Un soldado que les servía llegó a la puerta de la calle trayendo un cesto que colocó sobre la mesa diciendo: — Esto me acaba de entregar una criada para los señores prisioneros. El que estaba mas cerca echó mano al cesto y levantó el paño que lo cubría. — ¡Cuidad del... le dijo uno en tono de burla, no vaya a ser dinanita. — ¡Oh... oh!... exclamo el interpelado, venga así toda la dinanita que quiera. Y al decir esto empujaba por el gallette dos forradas botellas. Todos a una rodearon el cesto y perdieron sus manos en él, como niños regañados. — ¡Cuidad!... dijo uno contemplando una botella. — ¡Bueno!... dijo otro; seis botellas, por lo ménos! — ¡Oporto blanco, amarillo como un rubí! exclamo un tercero. — ¡Pásteles! gritó otro apoderándose de un saco de papel. Y como para no dejar duda de la efectividad de su anuncio, se engulló uno. — ¡Cigarros puros!... ¡oh!... esto es excelso!... exclamó aquél. — ¡Y para colmo, dijo con la faz ardiente el que habia sacado primero la botella de ocaña; para colmo, diversos tarros de conservas!... ¡Oh! esto es espléndido! — ¡Es rejío como las bodas de un rey... — Pero hablemos ménos y bebamos mas! interrumpió el que se habia engullido un pastel. Yo hago indicación para que sedestape una botella! — ¡Y yo dos!... — ¡Y yo todas! — ¡Todas no; eso sería golosinal! — ¡Y no nos quedaria para remojas las conservas! — Examinemos nuestros pertrechos, insinuó uno, y hecho el balance acordaremos su consumo.

Un soldado que les servía llegó a la puerta de la calle trayendo un cesto que colocó sobre la mesa diciendo: — Esto me acaba de entregar una criada para los señores prisioneros. El que estaba mas cerca echó mano al cesto y levantó el paño que lo cubría. — ¡Cuidad del... le dijo uno en tono de burla, no vaya a ser dinanita. — ¡Oh... oh!... exclamo el interpelado, venga así toda la dinanita que quiera. Y al decir esto empujaba por el gallette dos forradas botellas. Todos a una rodearon el cesto y perdieron sus manos en él, como niños regañados. — ¡Cuidad!... dijo uno contemplando una botella. — ¡Bueno!... dijo otro; seis botellas, por lo ménos! — ¡Oporto blanco, amarillo como un rubí! exclamo un tercero. — ¡Pásteles! gritó otro apoderándose de un saco de papel. Y como para no dejar duda de la efectividad de su anuncio, se engulló uno. — ¡Cigarros puros!... ¡oh!... esto es excelso!... exclamó aquél. — ¡Y para colmo, dijo con la faz ardiente el que habia sacado primero la botella de ocaña; para colmo, diversos tarros de conservas!... ¡Oh! esto es espléndido! — ¡Es rejío como las bodas de un rey... — Pero hablemos ménos y bebamos mas! interrumpió el que se habia engullido un pastel. Yo hago indicación para que sedestape una botella! — ¡Y yo dos!... — ¡Y yo todas! — ¡Todas no; eso sería golosinal! — ¡Y no nos quedaria para remojas las conservas! — Examinemos nuestros pertrechos, insinuó uno, y hecho el balance acordaremos su consumo.

Un soldado que les servía llegó a la puerta de la calle trayendo un cesto que colocó sobre la mesa diciendo: — Esto me acaba de entregar una criada para los señores prisioneros. El que estaba mas cerca echó mano al cesto y levantó el paño que lo cubría. — ¡Cuidad del... le dijo uno en tono de burla, no vaya a ser dinanita. — ¡Oh... oh!... exclamo el interpelado, venga así toda la dinanita que quiera. Y al decir esto empujaba por el gallette dos forradas botellas. Todos a una rodearon el cesto y perdieron sus manos en él, como niños regañados. — ¡Cuidad!... dijo uno contemplando una botella. — ¡Bueno!... dijo otro; seis botellas, por lo ménos! — ¡Oporto blanco, amarillo como un rubí! exclamo un tercero. — ¡Pásteles! gritó otro apoderándose de un saco de papel. Y como para no dejar duda de la efectividad de su anuncio, se engulló uno. — ¡Cigarros puros!... ¡oh!... esto es excelso!... exclamó aquél. — ¡Y para colmo, dijo con la faz ardiente el que habia sacado primero la botella de ocaña; para colmo, diversos tarros de conservas!... ¡Oh! esto es espléndido! — ¡Es rejío como las bodas de un rey... — Pero hablemos ménos y bebamos mas! interrumpió el que se habia engullido un pastel. Yo hago indicación para que sedestape una botella! — ¡Y yo dos!... — ¡Y yo todas! — ¡Todas no; eso sería golosinal! — ¡Y no nos quedaria para remojas las conservas! — Examinemos nuestros pertrechos, insinuó uno, y hecho el balance acordaremos su consumo.

Un soldado que les servía llegó a la puerta de la calle trayendo un cesto que colocó sobre la mesa diciendo: — Esto me acaba de entregar una criada para los señores prisioneros. El que estaba mas cerca echó mano al cesto y levantó el paño que lo cubría. — ¡Cuidad del... le dijo uno en tono de burla, no vaya a ser dinanita. — ¡Oh... oh!... exclamo el interpelado, venga así toda la dinanita que quiera. Y al decir esto empujaba por el gallette dos forradas botellas. Todos a una rodearon el cesto y perdieron sus manos en él, como niños regañados. — ¡Cuidad!... dijo uno contemplando una botella. — ¡Bueno!... dijo otro; seis botellas, por lo ménos! — ¡Oporto blanco, amarillo como un rubí! exclamo un tercero. — ¡Pásteles! gritó otro apoderándose de un saco de papel. Y como para no dejar duda de la efectividad de su anuncio, se engulló uno. — ¡Cigarros puros!... ¡oh!... esto es excelso!... exclamó aquél. — ¡Y para colmo, dijo con la faz ardiente el que habia sacado primero la botella de ocaña; para colmo, diversos tarros de conservas!... ¡Oh! esto es espléndido! — ¡Es rejío como las bodas de un rey... — Pero hablemos ménos y bebamos mas! interrumpió el que se habia engullido un pastel. Yo hago indicación para que sedestape una botella! — ¡Y yo dos!... — ¡Y yo todas! — ¡Todas no; eso sería golosinal! — ¡Y no nos quedaria para remojas las conservas! — Examinemos nuestros pertrechos, insinuó uno, y hecho el balance acordaremos su consumo.

Un soldado que les servía llegó a la puerta de la calle trayendo un cesto que colocó sobre la mesa diciendo: — Esto me acaba de entregar una criada para los señores prisioneros. El que estaba mas cerca echó mano al cesto y levantó el paño que lo cubría. — ¡Cuidad del... le dijo uno en tono de burla, no vaya a ser dinanita. — ¡Oh... oh!... exclamo el interpelado, venga así toda la dinanita que quiera. Y al decir esto empujaba por el gallette dos forradas botellas. Todos a una rodearon el cesto y perdieron sus manos en él, como niños regañados. — ¡Cuidad!... dijo uno contemplando una botella. — ¡Bueno!... dijo otro; seis botellas, por lo ménos! — ¡Oporto blanco, amarillo como un rubí! exclamo un tercero. — ¡Pásteles! gritó otro apoderándose de un saco de papel. Y como para no dejar duda de la efectividad de su anuncio, se engulló uno. — ¡Cigarros puros!... ¡oh!... esto es excelso!... exclamó aquél. — ¡Y para colmo, dijo con la faz ardiente el que habia sacado primero la botella de ocaña; para colmo, diversos tarros de conservas!... ¡Oh! esto es espléndido! — ¡Es rejío como las bodas de un rey... — Pero hablemos ménos y bebamos mas! interrumpió el que se habia engullido un pastel. Yo hago indicación para que sedestape una botella! — ¡Y yo dos!... — ¡Y yo todas! — ¡Todas no; eso sería golosinal! — ¡Y no nos quedaria para remojas las conservas! — Examinemos nuestros pertrechos, insinuó uno, y hecho el balance acordaremos su consumo.

Un soldado que les servía llegó a la puerta de la calle trayendo un cesto que colocó sobre la mesa diciendo: — Esto me acaba de entregar una criada para los señores prisioneros. El que estaba mas cerca echó mano al cesto y levantó el paño que lo cubría. — ¡Cuidad del... le dijo uno en tono de burla, no vaya a ser dinanita. — ¡Oh... oh!... exclamo el interpelado, venga así toda la dinanita que quiera. Y al decir esto empujaba por el gallette dos forradas botellas. Todos a una rodearon el cesto y perdieron sus manos en él, como niños regañados. — ¡Cuidad!... dijo uno contemplando una botella. — ¡Bueno!... dijo otro; seis botellas, por lo ménos! — ¡Oporto blanco, amarillo como un rubí! exclamo un tercero. — ¡Pásteles! gritó otro apoderándose de un saco de papel. Y como para no dejar duda de la efectividad de su anuncio, se engulló uno. — ¡Cigarros puros!... ¡oh!... esto es excelso!... exclamó aquél. — ¡Y para colmo, dijo con la faz ardiente el que habia sacado primero la botella de ocaña; para colmo, diversos tarros de conservas!... ¡Oh! esto es espléndido! — ¡Es rejío como las bodas de un rey... — Pero hablemos mén